

Fantasías y fantasmas

Sonría, por favor

Isabel Rosado

El humor que se esconde en nuestras entrañas nace de la imposibilidad de manifestar nuestras verdaderas creencias.

Está claro que no podemos vivir sin historias. Desde que nacemos hasta que morimos necesitamos tener siempre a nuestro lado a algún mago capaz de transformar la realidad que no nos gusta en otra más divertida. Desde los sufridos padres que con un tenedor transforman un filete de pescado congelado en uno de los manjares del rey Merlín hasta el amigo mentiroso que a partir de un chisme es capaz de crear una leyenda urbana. El sustrato de todas estas narraciones es el mismo: la fantasía. Herramienta poderosa que facilita la supervivencia en un mundo en el que por desgracia hay una sobrevaloración de la realidad. Aunque quizás, esta última idea tendría que ser matizada, porque a veces da la sensación de que lo que hay es una falta de realidad cuando oímos hablar al ministro de Economía. Sin embargo, lo que sí es verdad, es que una dosis mínima de ésta es la cantidad necesaria para que nuestra capacidad creadora e imaginativa sea capaz de transformar lo externo en una

suerte de imágenes y de sueños, que después adquirirán protagonismo en una novela o en un cuadro. Como dijo Aristóteles: “no hay nada en la mente que no haya pasado antes por los sentidos”.

“ Los fantasmas de ese autoritarismo parecen estar retornando en forma de una política educativa, que impone la objetividad y la competitividad, término que irrita con sólo escucharlo, frente a la práctica educativa basada en el desarrollo creativo del alumno. ”

Cuando un escritor busca la originalidad y entra en la espiral de la desesperación, teclea compulsivamente la tecla “H” de horror y de humor. En ese momento, el creador se mete progresivamente dentro de sí mismo, bucea en lo

inconsciente para rescatar retazos de tal o cual escena ilógica, dejando entrar en el relato a aquel personaje onírico que le hizo reír y sudar al mismo tiempo. Todos estos elementos van mezclándose hasta crear un relato, que en la mayoría de los casos acaba siendo en mayor o menor medida una exposición de lo que algunos llaman la pornografía sentimental: hechos cotidianos tamizados por el filtro literario. Este filtro, la imaginación, es el que pone orden y concierto a los delirios y a los fantasmas que surgen en el proceso de creación, puesto que todos tenemos ideas, pero pocos son los que construyen algo con ellas. Se guardan en la memoria, a veces frágil, los fantasmas de los seres que en nuestros sueños eran palpables y que seguían nuestras costumbres. Esta sensación de extrañeza acaba colándose en la trama de cualquier texto e irrumpe de manera perturbadora. ¿No será nuestro otro yo que estaba reprimido? Este excelente material es el que aparece como un destello en nuestros chistes, sueños y cuentos dando



Emilio Casanoua; Erik Satie; 2013

pista libre a una de las formas más cultas de la agresividad: el humor.

El humor que se esconde en nuestras entrañas nace de la imposibilidad de manifestar nuestras verdaderas creencias. ¿Por qué muchos chistes tienen que ver con las personas de otros países o con los defectos físicos de los demás? Si hay un chiste, no hay agresión. La represión es el mal o el bien, según el punto de vista desde el que se contemple este fenómeno, que siempre nos ha acompañado por los siglos de los siglos. Es curioso observar, por ejemplo, que los judíos tienen en el humor su arma de justicia ante la derrota. La ironía y lo sarcástico surgen de los sufrimientos más profundos del yo que no pueden enfrentarse al autoritarismo. La inadecuación de los personajes a las nuevas situaciones, las discusiones de los hermanos Marx, los monólogos de Woody Allen y el alambicado humor de Kafka son buen ejemplo de esta comicidad. Para muestra, un botón: Berlín, 1937. Hitler y Goebbels visitan un

colegio católico. Escuchan una clase y luego Hitler exclama enojado:

— ¡No entiendo por qué ustedes, los sacerdotes, insisten en enseñarles a los chicos el latín, existiendo el idioma alemán! ¡Si todo el mundo sabe que Jesucristo sólo hablaba el alemán...! Luego Hitler insiste: —Quiero que sepan que más allá de los hombres de la Iglesia, los Grandes de la Historia han sido alemanes: Wagner, Beethoven, Bismarck, Barbarroja, Napoleón, Carlomagno, los doce apóstoles... Los sacerdotes y los chicos no saben si reírse o llorar. Viendo lo que pasa, Goebbels le dice bajito a Hitler: —Mein Führer, sería mejor no exagerar. Aquí todos saben que de los doce apóstoles, sólo nueve eran alemanes...¹

Los fantasmas de ese autoritarismo parecen estar retornando en forma de una política educativa, que impone la objetividad

y la competitividad, término que irrita con sólo escucharlo, frente a la práctica educativa basada en el desarrollo creativo del alumno. Revalidas y contenidos teóricos van ganando terreno a la fantasía y al humor, que muchos profesores practican a diario en las aulas con técnicas de escritura creativa, con las que algunos alumnos dan muestra de un talento excepcional, que tristemente será despreciado en una España abrasada por el capitalismo salvaje que ya imaginó Michael Ende en *Momo*. ¿Dejaremos que los hombres grises del Ministerio de Educación le roben el derecho de jugar, de crear y de disfrutar de la cultura a nuestros alumnos? Es sólo cuestión de tiempo que los chavales se conviertan en borreguitos, como decía Rafael Sánchez Ferlosio, que no sabrán que en un tiempo feliz uno se podía reír en las clases y que la Literatura no daba tanto miedo.

La verdad es que Mark Twain tenía razón: “el trabajo es todo lo que se está obligado a hacer; el juego es lo que se hace sin estar obligado a ello...”.

¹ *De Odiar es pertenecer, y otros chistes para sobrevivir al nazismo, racismo, autoritarismo, antisemitismo*, 2003